



## CAPÍTULO UNO

*Todos tienen un momento decisivo en sus vidas.*

Para algunos es el día en que se casan o tienen un hijo. Para otros llega cuando finalmente logran una meta que se han fijado. Sin embargo, el curso de mi vida cambió drásticamente cuando mis padres me vendieron para ser esclava. Yo tenía ocho años.

Antes de aquel día desafortunado yo era una niña normal con una familia numerosa en un pequeño poblado egipcio cerca de Alejandría. Crecer en un barrio pobre de Egipto no se parece en nada a la vida de los niños en Estados Unidos.

Al igual que muchas familias que vivían en la comunidad en la cual me crie, mi familia era muy pobre. Fui la séptima de once hijos, la mayoría de los cuales eran mucho mayores, y hasta la fecha no puedo recordar los nombres de todos mis hermanos y hermanas.

Nos mudamos de casa muchas veces, pero la última en la que viví era un apartamento en un segundo piso en el centro de la ciudad. Era pequeño, de solo dos habitaciones, y lo compartíamos con otras dos familias. Durante el día no había espacio suficiente para que todos estuviéramos adentro. De noche nosotros dormíamos juntos en un solo cuarto y las otras dos familias compartían la segunda habitación. Nos acostábamos sobre sábanas en el suelo, pues no teníamos dinero suficiente para comprar camas. Había un baño para todos, incluida la gente que vivía en los otros tres bloques del edificio.

Sé que mis padres fueron felices alguna vez: he visto fotos de ellos riendo en la playa y abrazados, fotos tomadas en los primeros años de su matrimonio. Sin embargo, los padres que yo conocía no se hablaban: gritaban. Y nunca los vi tomarse de la mano o abrazarse.

Mi papá trabajaba en la construcción de viviendas, tal vez de albañil, pero con frecuencia se ausentaba de casa por semanas. Cuando él aparecía se comportaba de una forma que, ahora lo sé, era abusiva. Era un hombre escandaloso, colérico, conflictivo e irracional que nos golpeaba cada vez que estaba molesto, lo cual sucedía casi siempre. Con el tiempo, mi padre empezó a pasar más tiempo en casa de su madre, pero esto no necesariamente era malo, pues la vida era más tranquila cuando no estaba cerca.

Aunque papá nos pegaba, también había buenos momentos con él. Varias veces me sostuvo en sus brazos y me dijo cuán afortunado era de tenerme. En esos ratos me sentía completamente amada, y el amor que sentía por él era grande.

Pero después se pavoneaba con otra mujer delante de nosotros y de mi madre. Lo veíamos afuera intentando seducir mujeres. Aun cuando yo era pequeña, sabía instintivamente que eso estaba mal. Además, podía ver el gesto de disgusto en la boca de mi mamá y la tristeza en sus ojos. Desafortunadamente, en nuestro vecindario había una gran cantidad de mujeres a quienes no les importaba pasar tiempo a solas con el esposo de otra. La mayoría de los hombres que vi actuaban igual que mi padre. Me entristece que esa clase de comportamiento fuera aceptable.

Cada vez que mi papá llegaba a casa, yo esperaba que se comportara diferente, pero nunca fue así. Odiaba despertar por las mañanas y escuchar a mis padres pelear, y por esa razón no me puse muy triste cuando se marchó para volver a casa de su madre.

No me agradaba mi abuela paterna, porque era tan mala y amargada como él. No conocí suficientemente bien al resto de la familia como para saber si también era así. A ellos no les gustaba mi madre y rara vez nos visitaban. En las pocas ocasiones en que fuimos a la casa de mi abuela, frente a nosotros ella le preguntó a mi padre sobre las otras mujeres con las que pasaba tiempo; dijo que nuestra madre era horrible, a pesar de que ella estaba presente. Nunca comprendí eso, porque mamá era nuestro eje, la columna vertebral de nuestra familia y la persona que se aseguraba de que no faltara la poca ropa y comida que teníamos.

No sé por qué mi madre se casó con mi padre. Ninguna de las familias aprobó esa unión, pero en los primeros años tuvieron una

buena relación, cerca de la familia de ella, en Alejandría. Tenían una casa agradable, cuatro hijos y estaban enamorados. Luego ocurrió un terremoto y todo lo que tenían quedó reducido a escombros.

Mis padres no tuvieron la fortaleza mental para superar un desastre de esa magnitud, y después no pudieron rehacer sus vidas. Todo comenzó a caer en un remolino, y para el momento en que yo llegué, el 29 de septiembre de 1989, mi familia estaba viviendo en la pobreza, en un barrio miserable.

Cuando yo era pequeña, con frecuencia mi madre estaba enferma, cansada y embarazada. Al llegar a la adolescencia me diagnosticaron artritis reumatoide (AR). Creo que mi mamá también la padecía, porque la genética es un factor de riesgo importante.

La artritis reumatoide es una enfermedad crónica autoinmune que causa inflamación de las articulaciones y de los tejidos circundantes. Muñecas, dedos, rodillas, pies y tobillos son las partes que suelen resultar más afectadas, pero también puede dañar los órganos. La enfermedad empieza lentamente, por lo regular con un pequeño dolor de articulaciones, rigidez y fatiga. La rigidez matutina es común, y las articulaciones pueden ponerse calientes, sensibles y entumecidas si no se usan por un rato. No es una enfermedad con la cual sea fácil vivir, y debió de haber sido aún más duro para mi madre, quien tenía pocos recursos y debía cuidar a tantos hijos.

En Egipto muchos niños no van a la escuela. Allí es legal que dejen de estudiar y empiecen a trabajar cuando tienen catorce

años. Solo las familias que necesitan dinero obligan a sus hijos a empezar a trabajar a esa edad, pero aquellas que se encuentran en situación más difícil ni siquiera los mandan a la escuela. Nosotros éramos una de esas familias. Nunca fui a la escuela y jamás aprendí a leer o escribir (aprendí a hacer ambas cosas más adelante, después de que fui liberada). Yo tenía cuatro hermanos menores, y mi papel era cuidarlos cuando mis padres trabajaban.

Hasta donde sé, solo una de mis hermanas fue alguna vez a la escuela. Era la cuarta hija de nuestra familia y los padres de mi madre la cuidaron. Excepto en las vacaciones, nunca la vi. Ella tuvo una vida completamente diferente a la del resto de nosotros. Incluso fue a la universidad, algo insólito para gente de nuestra condición en Egipto. No estoy segura de por qué ella vivía con nuestros abuelos, pero pudo haber sido porque era la más pequeña de los cuatro hijos que tenían mis padres cuando ocurrió el terremoto. Mis abuelos ofrecieron hacerse cargo de ella temporalmente para ayudar a mis padres mientras se recuperaban, y se convirtió en un acuerdo permanente.

Mis dos hermanas mayores eran gemelas. Una se fue primero para casarse y después de eso no supimos mucho de ella. Fue como si hubiera aprovechado la primera oportunidad para escapar de nosotros. La otra gemela, Zahra, era la rebelde de la familia. Siempre se estaba metiendo en problemas, esa pudo ser la razón por la cual mis padres la mandaron a trabajar con una familia rica que vivía a varias horas de distancia.

En cuanto a mis hermanos, no estoy segura de lo que hicieron. Sé que algunos de los mayores iban a clases, porque se levantaban cada mañana, reunían sus libros y caminaban a la escuela, que no estaba muy lejos de casa. Al menos eso es lo que creo que hacían casi a diario. Otros días podrían haber estado trabajando o vagando en alguna esquina. Ojalá se me hubiera ocurrido pedirles a ellos que me enseñaran a leer y escribir, pero por algún motivo esa idea nunca pasó por mi cabeza.

Mi hermano mayor, Hassan, nació después de las gemelas y antes que la hermana que vivía con nuestros abuelos. Conozco su nombre porque es igual a mi apellido. Mi nombre es Shyima El-Sayed Hassan, y mi hermano era Hassan Hassan. “El-Sayed” era el apellido de soltera de mi mamá, y en Egipto era una práctica común usar el apellido de soltera de la madre como segundo nombre de los hijos. Lamento decir que puedo tratar de adivinar los nombres de mis otros hermanos, pero no estoy ciento por ciento segura.

Sé que los que nacieron después de la que vivía con nuestros abuelos y antes de mí eran varones. Eran mis hermanos, pero no me agradaban mucho. Yo era demasiado joven para conocer bien a Hassan, pero estos dos hermanos resultaban muy parecidos a nuestro padre. Eran groseros, gritones y exigentes, sin embargo lo que más recuerdo de ellos era que cuando me prestaban alguna atención, esta consistía en tocarme en forma inapropiada.

Nadie me había hablado acerca de no permitir que otros me tocaran. De hecho, ni siquiera estaba segura de que estuviera mal

cuando mis hermanos lo hacían. No recuerdo con certeza cuándo empezó, quizá cuando yo tenía cinco o seis años. Los manoseos me hacían sentir mal por dentro, y evitaba a los niños siempre que podía. Nunca supe si mi madre estaba al tanto de lo que estaban haciendo los chicos, pero pienso que no. No le dije porque no sabía que estaba mal. Para mí, las relaciones familiares eran turbias y yo no conocía nada acerca de los límites apropiados.

Desde entonces me he preguntado si, después de que me marché, ellos habrán tocado a mis hermanas menores como lo habían hecho conmigo. Las mayores eran ya grandes –y nunca estaban bastante cerca– como para permitir que ellos se salieran con la suya. Al menos espero que ese haya sido el caso. Pero así son los abusadores: eligen a personas vulnerables.

Sin embargo, en una ocasión uno de mis hermanos mayores me salvó. Yo tenía unos siete años y habíamos estado jugando sobre unos bultos de paja que estaban apilados cerca de nuestro apartamento. No llevaba zapatos, y cuando salté de la pila de fardos de paja al suelo, caí sobre el filo de un vidrio que me cortó todos los dedos del pie derecho. Debí de haber quedado conmocionada. No me di cuenta hasta que otro chico dijo: “Oye, ¿qué le pasó a tu pie?”. Algunas veces, cuando ocurre una amputación, el impacto para el cuerpo es tan grande que detiene temporalmente el flujo de sangre al área afectada. Al parecer eso fue lo que me sucedió.

Una de las cosas más extrañas de esta historia es que no me aterrericé. Después del accidente fui a recoger mis dedos. Luego

un niño vecino me llevó con mi hermano, quien me subió en una camilla tipo litera. Una litera es un pedazo grande de tela sujeto a dos palos, uno en cada borde. Dos personas, una delante y otra detrás, se colocan entre los palos, los levantan y corren a su destino. Esta era una forma común de transporte en nuestra ciudad.

Nada me dolía hasta que quienes llevaban la camilla empezaron a dirigirse al hospital. Entonces la sangre comenzó a fluir y yo me quedé petrificada de miedo y dolor. Las únicas cosas que recuerdo del hospital en sí son la cama en la cual me acostaron y que esta se encontraba dentro de un cuarto cerrado, en lugar de estar en un espacio abierto. Pero la cirugía para reimplantarme los dedos sigue en mi mente, pues la hicieron sin anestesia alguna. ¡Pueden imaginar lo doloroso que fue! Una enfermera me sujetó para evitar que me retorciera mientras los cirujanos trabajaban en mi pie. Tenían los rostros cubiertos, así que lo único que pude ver de ellos fue la preocupación en sus ojos.

Me aterrorizaba que pudiera morir. El dolor de la operación fue mucho más grande que cualquier otra cosa que hubiera experimentado, y luego, cuando vi la espantosa cantidad de mi sangre en las toallas quirúrgicas, pensé que me desmayaría.

Inmediatamente después de la operación me fui a casa, aunque no estoy segura de cómo llegué. Luego, durante mucho tiempo no me puse de pie. Cuando empezaba a caminar de nuevo, mi padre decía: “¿Quieres perder tus dedos otra vez? No han sanado. Siéntate”. El hecho de que estas palabras sigan en mi mente debe de significar



que él estuvo en casa parte de ese tiempo. Sé que mi mamá cambió los vendajes de mi pie varias veces. Debo de haber regresado con el médico para que me quitara los puntos de sutura, pero no recuerdo nada de eso. Hoy tengo todos los dedos de mi pie, pero solo dos funcionan con normalidad: el dedo gordo y el que le sigue.

Mi vida en Egipto era así: alegrías simples interrumpidas por tragedias inimaginables. Era un mundo peligroso. Pero era mi hogar.

Aunque nunca tuve buena relación con mis hermanos mayores, adoraba a mis hermanos menores. Los que tenían edades más cercanas a la mía eran un niño, luego una niña y otro niño, y por último mi hermana más pequeña. Cuando nacieron los tres que me siguen en edad, vino una partera y al resto de nosotros nos mandaron fuera de la habitación donde vivíamos. Pero mi hermanita menor llegó a este mundo un día en que mi madre y yo estábamos solas en nuestro apartamento, mientras los demás visitaban a unos parientes para celebrar un día festivo. Durante el parto, mi madre estaba acostada sobre una manta, y yo era quien guiaba la cabeza del bebé hacia afuera. Mamá me dijo que jalara de la cabeza, con cuidado. Creo que mi apego hacia esta hermana era fuerte porque estuve en su nacimiento.

Después de que ella salió, mi mamá dijo: “Baja con los vecinos, y pídele a una de las mujeres que venga a ayudar”. Eso era complicado, porque la mayoría de la gente de nuestro vecindario era mezquina con mi madre. Creo que la veían con desprecio porque

no podía corregir la conducta de mis hermanos y tenía once hijos. Y, como hacía con mi padre, mi madre nunca se defendió de los vecinos; por el contrario, toleraba su abuso verbal. Ella siempre perdonaba a los demás y con frecuencia decía: “No puedes estar enojada con la gente”.

Yo odiaba que mi mamá permitiera que los demás la maltrataran, y me preguntaba si también dejaba que la pisotearan en el trabajo. Ella nunca dijo gran cosa, y cuando lo hacía hablaba con voz suave. No estaba en su naturaleza ser mala; en cambio, aceptaba el comportamiento negativo de la gente hacia ella.

Mis hermanos mayores permanecían lejos de casa por temporadas muy largas. Quizá mi madre se mantenía en contacto con ellos, pero si así era, nunca me lo mencionó. Yo podía dejar de ver a un miembro de la familia durante meses (o años), y de pronto un día ¡puf!, ahí estaba. Cuando lograba ver a mis hermanas mayores en vacaciones, especialmente a la que estaban criando mis abuelos, me daba gusto ver que eran mujeres más fuertes que mi madre. Las vacaciones eran prácticamente los únicos días en que podía interactuar con ellas, y prestaba mucha atención a lo que hacían y decían. Esperaba tener algún día ese tipo de fortaleza. No imaginaba que más temprano que tarde llegaría a necesitarla.

Aunque mi familia se mudó de casa muchas veces, cada lugar en que vivimos era muy parecido al anterior. Cada hogar era un apartamento en un deteriorado edificio de dos o tres niveles en medio

de la ciudad, donde había desde cuatro hasta doce viviendas. En una ocasión nos echaron de uno a medianoche por no pagar la renta.

“Junten sus cosas”, dijo mi madre, y así lo hicimos. No era mucho. Esa noche ella, mis dos hermanos mayores, todos mis hermanos menores y yo dormimos en la calle, porque no teníamos coche ni sitio adónde ir. Al otro día caminamos lo que pareció una eternidad hasta que encontramos otro apartamento que era muy similar al anterior.

Ahora puedo mirar atrás y ver qué difícil debió de haber sido eso para mi madre. Con sus embarazos continuos –casi una docena de hijos– y sus enfermedades, las numerosas mudanzas se sumaban a las tensiones de su vida. Ella tenía buenos modales. Creo que era una mujer educada. Recuerdo que tenía un empleo, pero si alguna vez supe cuál era lo olvidé hace mucho tiempo.

Un día ella intentó inscribirme en la escuela. Yo debía de tener no más de siete años. No sé qué la motivó a hacer eso, pero yo estaba emocionada por la posibilidad. Mi hermana mayor que vivía con los abuelos había ido a la escuela y era inteligente. Yo quería ser exactamente como ella. Pero cuando llegué al establecimiento me dijeron que era demasiado mayor. ¿Demasiado mayor? ¿Cómo puede alguien de siete años ser demasiado mayor para ir a clases? Puede ser que no hubiera lugar en esa escuela en particular, o que estaban a la mitad del año escolar y no querían incorporar a una nueva estudiante justo en ese momento, pero el resultado fue que lloré el resto del día.

Desde entonces he conocido a muchos chicos que se quejan de tener que ir a la escuela. ¿Y si nunca hubieran tenido la oportunidad de recibir educación? ¿Y si nunca hubieran aprendido a deletrear, a contar, o nada de historia y geografía? ¿Cómo se las arreglaría en la vida esa gente que se queja de asistir a clase?

No poder ir me rompió el corazón, y sentía celos de que mis hermanos tuvieran la oportunidad de aprender. Estaba celosa de todo el proceso, desde levantarse temprano en la mañana y vestirse, hasta el regreso a casa por la tarde para hacer la tarea. Saber que no tendría la posibilidad de ser parte de eso me deprimió durante días. Lo único que me sacó de ese estado fueron mis hermanos menores.

Desde los cinco años me hacía cargo de nuestro apartamento, mientras mi madre trabajaba. Ayudaba con los quehaceres diarios: barrer, lavar, cocinar y cuidar a mis hermanitos. Ellos eran todo para mí. Eran mi mundo, y los amaba desde el fondo de mi corazón.

Con frecuencia nuestra madre estaba fuera todo el día, y cuando eso ocurría nos encerraba en nuestra habitación del apartamento. Entonces nos vestíamos con su ropa y la de mis hermanas mayores, que no creo que se hayan enterado. También jugábamos a las escondidillas debajo de las cobijas en el suelo y a “chico bueno, chico malo”, que era nuestro equivalente de policías y ladrones.

No estoy segura de la razón por la cual nuestra madre nos encerraba, pero puedo suponerlo. El vecindario en que vivíamos no era seguro. Era una zona céntrica de la ciudad donde, de vez en

cuando, había apuñalamientos y tiroteos. Y desde mis primeros días sabía que no debía hablar con extraños. Con frecuencia había ajetreo en las calles, con el ruido y las actividades usuales de cuando mucha gente vive junta en espacios cerrados. Algunas de esas actividades eran desagradables, y cuando mamá pensaba que el vecindario estaba agitado y que algo podría suceder, nos encerraba. Nuestro barrio era pequeño y las noticias viajaban rápido. Si nosotros sabíamos que algo así estaba ocurriendo, nos quedábamos adentro. Algunos días, mientras estábamos jugando afuera, los amigos o vecinos me aconsejaban volver a casa con mis hermanos. Entonces los reunía rápido y los llevaba a nuestro apartamento. En días más seguros nos quedábamos afuera, jugábamos en la calle y solo nos hacíamos a un lado cuando pasaba un auto.

Cuando no estaba jugando con mis hermanos, me mantenía ocupada cocinando y limpiando. Lavaba nuestra ropa a mano en una cubeta. Era mucho trabajo, pero solo lavaba las prendas que estaban completamente mugrosas, y ayudaba el hecho de que ninguno de nosotros tenía mucho que ponerse. Por lo general, yo tenía lo que llevaba puesto más una camiseta y ropa interior, y un vestido para las fiestas. Toda nuestra ropa era usada, y para cuando llegaba a mí ya estaba bastante gastada. Pero no me importaba. Nadie en nuestro vecindario tenía demasiado; yo no era diferente de cualquiera de los que conocía.

Generalmente podíamos cenar, pero no siempre. Cuando había comida, era arroz o pan y, de vez en cuando, carne. Si teníamos

dinero para unas cuantas papas, íbamos a comprarlas en un mercado cercano. Al llegar a casa, mamá las hervía y las compartíamos en la cena. A veces ella preparaba una receta especial de hojas de parra rellenas de arroz (¡la receta está al final del libro!). Aunque a menudo tenía que modificarla porque no contábamos con todos los ingredientes, ¡aquello era un festín!

La mayoría de los días hacíamos dos comidas y ocasionalmente podíamos comer frutas y vegetales similares a los que hay en Estados Unidos. Sé que pasé hambre durante gran parte de mi niñez.

Si bien estaba feliz de tener qué comer, me sentía aún más contenta en las raras ocasiones en que me duchaba. Teníamos un solo cuarto de baño para los cuatro apartamentos del edificio, así que bañarse no era algo frecuente. Había que compartir el baño con más de veinte personas, y calentábamos el agua con un calefactor portátil (para eso necesitábamos dinero para comprar el petróleo con el que funcionara). Además, teníamos que acarrear el agua, incluida la que usábamos para beber, desde un pozo que estaba lejos de nuestro apartamento, pues no teníamos agua entubada. Por estas razones nadie tomaba duchas largas, aunque con frecuencia tuve que esperar en una extensa fila para usar el retrete.

A la hora de dormir, colocábamos una cobija debajo de nosotros y una arriba. No había almohadas ni lugares específicos para acostarnos. Por eso siempre terminaba durmiendo en diferentes partes de la habitación, cerca de una persona distinta. Durante

los meses del verano sentía calor, tanto que no podía dormir. Me agitaba y daba vueltas, pegajosa de sudor, antes de levantarme en medio de la noche para abrir la única ventana de la habitación.

Para dormir vestía la misma ropa que había usado durante el día. No había pijamas en nuestra familia, y casi siempre yo me ponía a la mañana siguiente la misma prenda que había llevado puesta la noche y el día anteriores.

Y luego estaba la lluvia. Me parecía que era muchísima. Y como nuestras calles no estaban pavimentadas, la tierra apisonada se convertía rápidamente en lodo. A menudo se formaban ríos de barro que corrían calle abajo frente a nuestro apartamento. Odiaba eso, porque significaba que tendría más ropa que lavar en mi cubeta y mucha más agua que acarrear para hacerlo.

Pero también me divertía.

Algunos de mis primeros recuerdos son jugar a las canicas con mis hermanos en la calle. Para hacerlo, trazábamos un círculo en la tierra o lo dibujábamos con gis o tiza. Luego cada uno de los jugadores colocaba algunas canicas dentro del círculo. Cuando llegaba mi turno, tiraba con una canica un poco más grande para sacar las otras del círculo, y me quedaba con las que permanecían fuera. ¡Tenía muchas canicas!

También la pasaba bien cuando me arreglaba y me ponía mi vestido para visitar familiares. Por lo general, estas visitas eran a miembros de la familia de mi madre. Pero teníamos que hacerlo en secreto, porque mi papá nos prohibía verlos. A menudo tomábamos

el tren a Alejandría y caminábamos un largo trecho hasta la casa de mis abuelos, pero de vez en cuando mi tío nos recogía en su auto. En cualquier caso, mi mamá siempre nos susurraba: “Shhh. No digan nada de esto”. Nunca lo hicimos.

Mis abuelos maternos eran cálidos y amorosos, y era evidente que les daba gusto vernos. Siempre había mucha comida y risas cuando los visitábamos. Mi abuela era la señora más maravillosa y afectuosa que había conocido, y mi abuelo siempre nos daba dinero para ir a la dulcería que estaba en la casa de al lado. Cuando él falleció, por complicaciones relacionadas con el alcoholismo, me entristecí más de lo que jamás hubiera imaginado. No debo haber tenido más de siete años.

Había muchas tías, tíos y primos, a quienes veíamos en casa de mis abuelos, pero ya no recuerdo sus nombres. Pasamos muchos momentos felices ahí. Cuando nos reuníamos sentía como si todo estuviera bien en mi mundo. ¿Y saben qué? Todo *estaba* bien. En esencia, sin importar cuán pobres éramos, lo abusivo que era mi padre, su ausencia o lo duro que yo tenía que trabajar, era una niña feliz.

A pesar de nuestra pobreza, era feliz. Entiendo que parte de ese sentimiento tuvo que ver con la alegría irrefrenable de ser una niña, pero la otra razón de mi felicidad era el amor. Aunque para los estándares de Estados Unidos yo era una niña desatendida, en aquellos días amé y fui amada. Era todo lo que sabía. Mis hermanitos y yo habíamos formado un vínculo especialmente fuerte, y yo adoraba cuidarlos y estar con ellos. La vida era buena.